

RELECTURA DE UN LIBRO DE MONTALVO

El retorno a los grandes escritores americanos del siglo XIX, en quienes se detiene la atención de estudiosos y lectores de hoy, no debe limitarse a las obras tradicionalmente consagradas por la crítica. En otras, a veces consideradas menores, a veces inclusive desdeñadas como cosa de poca monta, conviene también espigar para ver qué pueden decirnos de actual y duradero. Sea ejemplo este libro de Juan Montalvo, producto de su actividad de polémico publicista: *El Regenerador*. Colección de artículos periodísticos; obra no pensada unitariamente, por tanto. En ella, sin embargo, hay algo del mejor Montalvo: un testimonio de su momento, una muestra de sus ideas, algunos de los aspectos permanentes de su estilo. Se justifica su lectura y, más aún, se justifica su relectura. Aproximémonos a su mundo.

1. LAS CIRCUNSTANCIAS

Los artículos periodísticos —de periódico unipersonal— de *El Regenerador* corresponden a una época en cierta manera intermedia de la producción de Montalvo. Fueron publicados entre junio de 1876 y agosto de 1878, después de la muerte del dictador García Moreno (6 de agosto de 1875) y al regreso de Montalvo desde Ipiales. Durante su primer destierro había compuesto el escritor numerosas páginas, que más tarde tomaron forma definitiva y encontraron ubicación dentro de los *Siete tratados* y de los *Capítulos que se le olvidaron a*

Cervantes; de esa producción, que puede quizá fecharse entre 1871 y 1875, proceden también algunas páginas de *El Regenerador*.

Después de la muerte de García Moreno, Montalvo (¿inducido por sus amigos políticos?) se adhiere a la candidatura de Antonio Borrero; éste es elegido, y asume la primera magistratura en diciembre de 1875. Montalvo regresa al Ecuador, desde el pueblo colombiano de Ipiales, tras muchos cabaldeos y dilaciones, merced sobre todo a la ayuda de sus amigos: un grupo de jóvenes de ideas liberales, admiradores suyos por su actitud política pero también por razones más estrictamente literarias. Los primeros números de *El Regenerador* aparecen, pues, en Quito (el número 1, el 22 de junio de 1876; el segundo, el 13 de julio; el tercero, el 7 de agosto del mismo año). El primer número contenía ataques contra Manuel Gómez de la Torre, ministro de Borrero hasta pocos días antes, quien había renunciado en vista de la general resistencia a su gestión. Montalvo en cierto modo se atribuye (tal como se atribuyó, según se dice, la responsabilidad de la muerte de García Moreno) como mérito propio la caída del político, y hasta afecta perdonarle mayores ataques (1):

Habiéndole echado por ahí como una pluma a nuestro amigo don Manuel al primer estornudo, nos hemos tomado generosamente el trabajo de rehacer nuestro escrito, perdiendo la edición de mil doscientos ejemplares, tirada ya, y faltando al público en cuanto al día de "El Regenerador". Por una lección de magnanimidad perderíamos la vida, no que una triste suma de dinero. Hombre caído, hombre muerto para nosotros: ¡séale la tierra ligera! Allí lo dejamos responseado al ex ministro, y le echamos agua bendita. Olvido y silencio son la historia de los hombres ilustres por la insignificancia. (I, 42).

Estos ataques causan a Montalvo bastantes incomodidades, como se ve por el incidente suscitado por un militar, Joaquín

(1) Las páginas citadas se refieren a la edición Garnier, París, s. a (1928), 2 tomos.

Gómez de la Torre, de la familia del ministro, quien lo interpela en la vía pública. Montalvo se refiere a algo de esto en el número 2 de *El Regenerador*:

A mí me insultan los militares y me embisten, espada en mano, saliendo de formación; es porque doy las lecciones que se leen en “El Cosmopolita” y “El Regenerador”. (...) ;Pues en qué estuvo que no perdiese yo la vida ayer en media calle! Para honra mía debo decir que ni detuve ni apresuré el paso, ni volví la vista. Esas cosas oye uno como quien oye llover: (...) Del otro asalto, de la aventura del tiro *casual*, Dios mediante, salí bien, con vida y honra: un batallón con bala en boca no era enemigo con quien yo pudiese afrontarme. (...) Yo no pido el castigo de nadie: donde los generales son degradados por haber hecho un insulto a un niño, se la puede pedir. (...) Si hay un hombre de bien que apruebe el atentado que motiva estas líneas, dígallo; y no volveré a poner los pies en esta ciudad desventurada (I, 72-74).

Un número más —breve —se publica todavía en el Ecuador, sólo que en Guayaquil; es el número 4, del 7 de setiembre de 1876. El periódico habla de la demostración que le fue tributada en Guayaquil por el pueblo de esa ciudad, y algún pasaje tiene interés bigráfico:

La gran demostración que acabáis de hacer, no es al individuo, al escritor simplemente; es al campeón de los derechos de los pueblos, al oficial de la civilización, a la víctima inquebrantable de la tiranía (I, 142).

Pero es que antes de esto —en agosto— el gobierno de Borrero ha terminado, ante el golpe de mano del general Ignacio de Veintemilla. Y éste, muy poco después, destierra a Montalvo (en noviembre del mismo año de 1876). Veintemilla no ha de ser un gobernante democrático; sin embargo, al principio los mayores ataques de Montalvo —aunque sea simbólicamente— se dirigen a Borrero, en cuya caída quiere ver como un símbolo de la lucha de los pueblos americanos contra la tiranía:

La muerte del tiranuelo, despedazado a mediodía en el pretil de su palacio, en presencia de sus batallanos, es la vindicación del pueblo ecuatoriano. Pero como nadie escarmienta en cabeza ajena, hubo un pobre hombre, que a fuerza de llamarse él mismo bueno y leal, creyó que podía ser impunemente malvado a su vez y ejemplo de traidores. Acaban los ecuatorianos de echarle a él también patas arriba y de poner de manifiesto que se hallan hartos de hostilidad y tiranía. El pueblo que se decide a ser libre, cien veces ha de pasar por sobre sus enemigos. Si comparece otro García Moreno, ya sabe por cuál camino se ha de ir a los infiernos (I, 143).

Al irse del Ecuador, Montalvo se llevaba ya los originales del número 5 de su periódico: constaba de un trabajo llamado "Las leyes de García Moreno" y había sido redactado anteriormente en Ipiales. Lo publica ahora en Panamá, con fecha del 22 de enero de 1877. Luego su destierro termina y vuelve al Ecuador; después de unos días en Guayaquil se va a Ambato. El número 6 de *El Regenerador* aparece el 25 de setiembre, con artículos sobre motivos de actualidad política; más o menos el mismo contenido del número 7, del 16 de octubre del mismo año. Después de estos días se va a registrar la revolución de Tulcán (conservadora, pues Veintemilla era un tirano ideológicamente liberal); se desarrolla una batalla en las calles de Quito que ganan las fuerzas de Veintemilla; una descripción, con detalles realistas, se encontrará en el número 9 del periódico de Montalvo, bajo el título de "Escenas de la guerra civil". En auxilio de Veintemilla, penetra en suelo ecuatoriano una expedición militar colombiana; Montalvo, que defiende la integridad territorial de su patria a todo trance, escribe al respecto el artículo "La intervención armada", que figura en el número 8 (II, 77) de *El Regenerador*.

Veintemilla organiza más tarde una convención constituyente, y Montalvo resulta electo por el departamento de Esmeraldas. El escritor no recibía mucha simpatía pública en esos momentos. Poco más o menos todos los sectores de la opinión pública estaban en su contra: el gobierno, los conservadores,

los liberales que habían cambiado de orientación... (Se quejaba de que "un liberal se vuelve conservador de la noche a la mañana, como consiga atrapar un empleílo; y un conservador se convierte en liberal furioso si el Gobierno se lo quita", I, 114). También los sectores más conservadores del catolicismo se le resistían; el medio literario (comenzando por la Academia Ecuatoriana de la Lengua, correspondiente de la Española) le era igualmente hostil. En ese medio Montalvo, mediante *El Regenerador*, seguía insistiendo en la difusión de sus ideas: abogaba por la existencia de un estado amante de la libertad, apoyado en las leyes, ejemplo de virtud; aplaudía cierta energía de parte de los gobernantes (inclusive encontraba conveniente la pena de muerte, entendida como freno para los desaforados); manifestaba respeto hacia la religión católica, que a su entender debía ser enseñada en las escuelas.

Tal vez esas resistencias expliquen —parcialmente al menos— la no concurrencia de Montalvo a la asamblea constituyente. En el número 8 de *El Regenerador* (II, 107), del 20 de diciembre de 1877, anuncia a sus lectores que no asistirá.

Los cuatro números restantes de *El Regenerador* aparecen en 1878; Montalvo vive por entonces en Ambato o sus alrededores, en casas o haciendas de amigos y parientes. Los números 9 y 10 son, respectivamente, del 7 y 28 de enero de 1878; el 11, del 11 de febrero; el 12 (y último), del 20 de agosto del mismo año. En este último número, Montalvo se queja de la falta de imprenta, y a ello parece atribuir la desaparición del periódico ("Despechado no, pero sí desconsolado y triste, me voy"). Transcribimos casi íntegramente el pasaje pertinente pues su vivacidad nos exime de mayores comentarios:

Estos no son sino fragmentos del artículo que en esta materia habíamos compuesto, la cual se está ofreciendo para un opúsculo. Triste cosa es verse uno en la precisión de reducir a pedazos los hijos de su alma y su ingenio, por falta de imprenta; ¡por falta de imprenta, sí señores! Con mil trabajos hemos podido conseguir un puñado de letras y una prensita: he aquí los términos a

que "El Regenerador" se halla reducido después de dos revoluciones por la libertad y el progreso. "El Regenerador", copiado por todos los periódicos de Sud América, no tiene letra para más de dos pliegos, y le es imposible a su autor hacer cosa de importancia en Quito, capital de una república. Ayer no más abrimos una Revista aplaudida en España mismo, y leemos: "Nos permitimos llamar la atención de los suscriptores peninsulares a esta obra maestra de la literatura americana"; y la obra maestra es un articulo de los nuestros. Lástima nos deben de tener los que saben que eso que ellos llaman obras maestras y nosotros tenemos por humildes composiciones, no pueden salir a luz, porque la imprenta se muere en este país. A cada rato viene el impresor: señor, no hay a; señor, se acabó la o; señor, falta i. Con dos mil demonios, ¿y de dónde saco yo todo eso? Despechado no, pero sí desconsolado y triste, me voy. De la tiranía hemos caído en la barbarie, de la sangre en las tinieblas: para el hombre de pundonor y libre, no hay patria donde reina la servidumbre con todos sus vicios (II, 229-230).

Por este tiempo, Montalvo ya ha empezado a escribir las *Catilinarias*, que asestará a Veintemilla desde Panamá, en 1880. Pero la preparación de esta obra no se realiza en suelo ecuatoriano: en setiembre de 1879 Montalvo ha abandonado su patria y se ha marchado nuevamente a Ipiales. Después de *El Cosmopolita* y antes de la aparición de las grandes obras —los *Siete tratados*, las *Catilinarias*, los *Capítulos*—, *El Regenerador* parece algo provisional y poco orgánico, pero donde van apareciendo ideas y fórmulas expresivas características del mejor Montalvo. Por eso decíamos al principio que este periódico nos parecía un momento intermedio de su producción literaria.

2. LAS IDEAS

Prosa polémica, entonces, es la que nutre las columnas de *El Regenerador*; y toda polémica implica la defensa de un determinado orden ideológico. De la breve narración de las circunstancias en medio de las cuales nace el periódico —que he-

mos hecho ya en las líneas anteriores— puede inferirse que ese orden ideológico, en este caso, ha de circunscribirse a los motivos de tipo político; en menor grado, a lo que hoy llamamos “lo social”. Junto a todo ello, sirven también las páginas de *El Regenerador* para ilustrar ciertos aspectos —ya explícitamente desarrollados en otros lugares, por cierto— de sus opiniones sobre la religión. Sólo que es preciso advertir que tales reflexiones —las de tipo religioso— no constituyen aquí una exposición doctrinaria verdadera; por el contrario, podría quizá decirse que, más que de la religión, se habla del clero, de su ingerencia en la vida política ecuatoriana y de sus posibles relaciones y afinidades con las ideas liberales. Ya veremos algunos ejemplos concretos de todo ello.

No encontraremos aquí, por tanto, discusiones teóricas sobre problemas filosóficos o científicos, tan propios del siglo XIX —la evolución, las relaciones entre religión y ciencia, el progreso—, sino más bien alusiones a las situaciones concretas relacionadas con la vida misma del escritor. Lanzado de lleno a la participación en la vida política de su patria, Montalvo se consideraba un fervoroso liberal; veía en el liberalismo la defensa y la salvación de las mejores posibilidades humanas, amenazadas por el conservadorismo en todas sus formas. Así, toda la historia universal se le aparecía en términos de liberalismo y conservatismo: son liberales, para Montalvo, “los que impulsan el género humano hacia el progreso representado por el adelanto físico y moral” (I, 104); conservadores, “los que se oponen a él, creídos de que cumplen con lo que manda Dios, o cometiendo por malicia el grave error con el cual tanto perjudican a sus semejantes” (íd). “Empero, agrega a continuación, si los vocablos son modernos, la esencia de la cosa es antigua, y muy antigua”. En este artículo —“Liberales y conservadores”, en el número 3 de *El Regenerador*; I, 104-115—, Montalvo narra toda la historia universal como el proceso de un eterno dualismo o, mejor, de una eterna lucha entre las fuerzas conservadoras, que arrastran al pueblo “por las oscuras regiones de la servidumbre”, y las li-

berales, que defienden “el progreso y la virtud”. Claro está que Montalvo sabe, además, precaverse de los peligros de una simplificación excesiva :

No digo que la inteligencia, la sabiduría, el don del progreso sean patrimonio exclusivo de los liberales en el mundo : ¡cómo lo diría sin acreditarme de necio! Entre los hombres grandes, los hay que son conservadores ; pero ellos se atienen a la esencia de la cosa, no a los términos vagos ; a la sustancia, no a la zupia : Guizot, Thiers han sido siempre liberales en ideas ; cuando fueron conservadores, no lo fueron sino de partido. Pero ni esto le ha gustado al fin a este admirable viejo, y hoy tiene a gloria llamarse liberal, cabeza y guía del gran partido francés republicano. Luis Veullot es conservador : ¿no es lástima que el ingenio de ese camandulero se desagüe por el canal del fanatismo? Veullot es uno como De Maistre, menos sanguinario, pero más tenebroso. Los pueblos no tienen derecho ni facultades : todo sale de Roma, todo va a dar a Roma. Una ocasión que este desaforado papista había recibido de Su Santidad una reprimenda, a causa de sus exageraciones curiales, se puso rostrituerto y desabrido. Los periódicos burlescos de París publicaron entonces una caricatura que consistía en un Monsieur Veullot entregando su devantal al Papá como quien deja la cocina (I, 112-113).

Pero ese es el problema general y teórico, que Montalvo no elude pero sí supedita a las circunstancias de la vida política americana. El opta por el liberalismo en forma decidida. Y, no obstante, le agrada considerarse una especie de juez de la realidad política ecuatoriana, en su incesante lucha contra la tiranía y el desgobierno (García Moreno, Borrero, Veintemilla). Afirma, pues —en un artículo titulado “Los desterrados de Veintemilla y *El Regenerador*”, firmado por “Los liberales del Pichincha”, pero cuya redacción no sería demasiado osado atribuirle— que ha llegado a convertirse en algo así como un árbitro, en una personalidad que, pese a su orientación marcadamente liberal, se ha atraído por lo sano de sus principios el respeto de los conservadores de su patria :

Los conservadores más apasionados, los que hubieran dado un ojo de la cara por la cabeza de Montalvo, hoy le esperan en las esquinas de las calles, y baten palmas cuando pasa; y Montalvo no ha cedido un punto en sus doctrinas antiguas, ni ha suavizado intencionalmente la rigidez de su carácter. El subyuga la voluntad general por medio de la buena fe, lo sano de sus principios, la prontitud con que toma a pecho la defensa de los flacos y los oprimidos contra los fuertes y los opresores, las pruebas de abnegación y desprendimiento que está dando cada día. Si Montalvo fuera un sectario pertinaz, de seguro no estuviera gozando del aprecio del partido conservador, sin haber perdido una mínima el afecto de los liberales (II, 246-247).

Pero estas simpatías del partido conservador, si efectivamente existieron, sólo tienen para nosotros una explicación: la modalidad relativamente poco apasionada del pensamiento político de Montalvo, su moderación, la resistencia a los cambios bruscos; la creencia en la inevitabilidad de un perfeccionamiento que es inútil, y acaso pecaminoso, tratar de apresurar. De ahí su rechazo de formas más avanzadas de considerar los hechos sociales:

Las reformas de los socialistas modernos, esos sansimonianos que con una careta de verde esperanza se meten por los rincones de los imperios y las repúblicas, y los hacen temblar por medio de un resorte mágico; esas reformas son las que al clero le tienen receloso y apercebido a la defensa. La pericia del legislador no consiste en dar las mejores leyes, sino en dictar las que más con vengan a los pueblos a quienes las aplica (II, 30).

Se comprende que Montalvo se mostrara más bien, desafecto a considerar aplicables a nuestra América las —para él— más recientes formas de pensamiento social. Medidas más urgentes reclamaban entonces la atención de los estadistas. Por ejemplo, el problema de la instrucción pública; de modo que una solución satisfactoria de ese problema es preferible, por

ejemplo, a la implantación amplia —y nominal— del sufragio universal. Así lo expresa Montalvo en *El Regenerador* :

El ahineco de los filántropos o amigos del género humano es propagar la enseñanza : nadie puede ser elector ni elegido si no llena el requisito de saber leer y escribir : los que quieran tener muchos electores, o muchos ciudadanos entre quienes repartir los cargos públicos, enseñen a leer y escribir al mayor número posible de individuos, esto es, ábrandle los ojos al pueblo para que vea, los oídos para que oiga. Si no ve ni oye, ¿cómo ha de pensar? ¿Cómo ha de expresar un dictamen que no forma en su conciencia bronca e insonora? De las primeras letras nacen las segundas: el que sabe leer y escribir está en camino de ser filósofo, sabio, hombre grande, que sea sastre, que sea carpintero (II, 88).

Esas mismas variaciones entre las convicciones ideológicas y la concreta aplicación exigida por el medio social descubrimos analizando las referencias a la religión, la Iglesia y el clero. A pesar de haber sido generalmente calificado como anticatólico, Montalvo confiesa explícitamente lo contrario: “Somos católicos, apostólicos, romanos” (I, 189); le indigna el que, al parecer, no baste que “lo seamos por conciencia y convencimiento; preciso es lo seamos también por las leyes civiles” (id.). A diferencia de su contemporáneo argentino Estrada, Montalvo rechaza la separación de la Iglesia y el Estado, siempre por razones sociológicas: “La separación e independencia absoluta de las dos potestades, civil y eclesiástica, sería, atento el escaso caudal de nuestras luces, atentas nuestras costumbres, fuente de disensiones y disturbios que acabarían por una espantosa revolución” (II, 154-155). Aquí está, pues, junto a los clericales de su patria. Va más allá: en contradicción con la doctrina de la Iglesia, considera que no existe imposibilidad alguna por la que los sacerdotes no puedan abrazar, en la vida política, las ideas liberales: “Error es, y muy grande”, cree él, “pensar que los clérigos no pueden ser liberales, esto es, no pueden ir a nuestro paso camino del progreso” (II, 34). Y poco antes:

Si los clérigos son ciudadanos, ¿por qué no han de representar a la nación? si son ilustrados, ¿por qué no han de contribuir con sus luces al progreso general? si tienen derechos, ¿por qué no han de tener el de defenderlos? Echad al clero al rincón: el ciego crece a la sombra, y de repente sale armado de todas armas a desfacer sus agravios y castigar alevosías (II, 33).

Y es que, en su pensamiento, el clero es una parte de la sociedad "necesaria para el equilibrio de las clases sociales" (II, 103); pero no se trata de eso muchas veces. Se trata, en sus palabras y en su pensamiento, de

nuestro clero, pastores sin cayado, confesores sin penitencia, jueces sin jurisdicción, padres sin misericordia, ministros sin ley, que perturban el orden, exasperan al pueblo, hacen revoluciones cada día, y se oponen a viva fuerza a que salgamos al mundo de la verdad (II, 104).

Como en otros muchos aspectos de su pensamiento, se encuentra Montalvo impedido de dar libre curso a la reflexión ante la urgente consideración de los problemas locales, de la actualidad política o social ecuatoriana. Montalvo es católico, pero disiente de la forma como los católicos ecuatorianos entienden su religión; respeta el alto valor del magisterio eclesiástico, pero se enfrenta con ministros de la Iglesia que incitan a la revuelta; y, sobre todo, rechaza enérgicamente la posibilidad de sustituir o postergar, con los débiles auxilios de una religiosidad falsa y ligeramente extendida, la resolución de problemas que hacen al bienestar o a la subsistencia misma de las personas:

Nadie tolera se condene al prójimo por falta de oír misa; pero nada le importa al mejor cristiano que se le lleve el diablo de hambre. Estos que tanto ciudadano tienen del alma de los *ímpios*, no miran, ni por su alimento cuando les quitan el pan, ni por su fama cuando les calumnian; y con tal de mandarle al cielo, a látigos le matan a cualquiera. No hay viejo que no le diga a un po-

bre: ¡Oiga misa! Ni vieja que no le diga: ¡Ayune! ¡Pero dónde está el católico que se le llegue con estas santas palabras: Amigo, tome usted estos cien pesos, vista a su mujer, ponga en la escuela a sus hijos? La misa nada cuesta, y por eso le hartan de ella al que pasa. Al ver agolparse la gente en una iglesia, decía un judío en Quito: “Yo les pusiera a real la entrada, y viéramos cuántos de estos pícaros la oyeran”. Por lo visto, el hebreo entendía mucho de economía católica (I, 189-190).

Esa tensión —dramática tensión, que tanto y tan dolorosamente conocieron Sarmiento, Martí, Hostos, todos los grandes de América— entre las ideas y el medio, queda marcada en un pasaje de *El Regenerador*, donde el sarcasmo se pone al servicio de la idea para mostrar un cuadro vívido y de amplias sonoridades oratorias:

Déjenme mi locura; locura antigua, habitual, conocida: nací con ella, con ella he de morir. Yo no lo quiero todo para mí, nada para los demás: soy loco. Yo pienso que cuarteles son para soldados, colegios para estudiantes: soy loco. Quiero escuelas para los niños, planteles de educación para los jóvenes, universidades para los doctores: soy loco. Deseo hospitales para los enfermos, casas de misericordia para los desamparados, refugios decorosos para los hijos de la patria que se sacrifican por ella: soy loco. Trabajo por la propagación de las virtudes, persigo los vicios, me estrello contra los crímenes: soy loco. Vierto lágrimas por las miserias humanas, las ridiculeces de los hombres me causan risa, sus necesidades me enfadan, sus maldades me enfurecen: soy loco. Anhele por la paz y el orden en medio de las luces, la paz y el orden en medio de la libertad: soy loco. Mi Gobierno, el Gobierno de mis simpatías, es el ilustrado, el justo, el digno, el protector, el paternal: soy loco. Clero sabio y virtuoso, milicia pundonorosa y valiente: soy loco. La ley primero que mi voluntad, el bien de todos antes que el mío: soy loco. Destierro y no cadenas, hambre y no pan negro, soledad y no comunión con los perversos: soy loco. Yo estudio, medito, escribo, hago lo posible por volverles a mis compatriotas partícipes en mis escasos conocimientos: soy loco. Pido que a su vez me ilustren ellos,

me traspasen los suyos, vayamos juntos hacia el mundo de la luz: soy loco. Castigo a los pícaros, me río de los tontos, desprecio a los ruines: soy loco. No me arredran amenazas, pongo el pecho al peligro, me defiendo, y si no puedo, muero: soy loco. Loco soy, Dios mío, y de esto os doy infinitas gracias (II, 187-188).

Imposible para un lector argentino no pensar que esa locura de Montalvo, como la "locura" de Sarmiento, implicaban una gran pasión por el país y, en el fondo, también una gran esperanza.

3. LA LENGUA Y EL ESTILO

Aunque no sea lo más característico de Montalvo, aunque —por supuesto— no pueda compararse *El Regenerador*, en cuidado y alioño de la prosa, con los célebres *Capítulos* o con la combativa prosa de las *Catilinarias*, en las páginas del unipersonal periódico se advierten, no casual sino constantemente, las modalidades principales de la prosa del gran escritor ecuatoriano. Aun más: gracias a su carácter un tanto misceláneo, han quedado aquí algunos testimonios de otras inclinaciones literarias del autor, que la combatividad política y el ajetreo de la vida de exilado no han permitido concretar en obras más considerables: una poesía, aunque de escaso valor (II, 42), un cuento, "Las ruinas" (I, 81-88).

En cuanto al resto, de sobra se comprende que, por el carácter mismo de la publicación, no es el trabajo de lima y pulimento el que mayores huellas deja en estos artículos, muchas veces de tema circunstancial. Pero no siempre es todo así: hay que tener en cuenta que buena parte del material de *El Regenerador* fue escrito en Ipiales, en obligado ocio, mayor en todo caso que el que Quito podía ofrecerle. Y, además, los escritores verdaderamente preocupados por el problema del estilo, por el dominio de la lengua ("nosotros, amantes apasionados de la lengua castellana", II, 206; "tan difícil es... poseer una lengua en términos que nada nos quede por saber, por mucho que vivamos dedicados a estudiarla", I, 9) suelen

depararnos algunas sorpresas: aun en medio del fragor de la lucha política encuentran oportunidad para mostrarnos hallazgos estilísticos destacables. Repárese, por ejemplo, en la eficaz manera de terminar muchos de estos artículos, con una frase ceñida, lapidaria en su concisión:

Olvido y silencio son la historia de los hombres ilustres por la insignificancia (I, 42).

Amor pasado, flor marchita; el presente es gloria y felicidad de los mortales (I, 48).

La exposición de los distintos temas, como es habitual en Montalvo, va complicada con la referencia a numerosos episodios históricos y mitológicos, en muestras de una erudición minuciosa y hasta cansadora; él mismo justifica indirectamente este procedimiento expositivo al decir que "el ejemplo es cuerpo de la idea" (II, 124). Propósito fundamentalmente docente, luego. Pero el tono de *El Regenerador*, por supuesto, no es el de un tratado; es una publicación periódica, de índole frecuentemente polémica; y el tono de la oratoria se ajusta especialmente a estas exigencias. Montalvo gusta de las frases breves, acuñadas rígidamente; pero esas unidades menores del habla se van engarzando, unas con otras, hasta formar largos períodos oratorios, traspasados por la respiración misma de quien, al escribirlas, es un poco orador: es todo lo orador que su escasa habilidad fónica le impide ser efectivamente. Ya hemos citado, entre los ejemplos anteriores, algunos que corresponden a períodos rotundamente oratorios. Veamos dos más, con largas enumeraciones de esta evidente índole:

Vergüenza es respeto por nuestros semejantes, necesidad de estimación; vergüenza es freno de oro que las hadas propicias, hadas blancas, tienen puesto en la boca de los que ellas favorecen; vergüenza es noble arrepentimiento de las acciones indignas; vergüenza es remedio del error, y aun de la corrupción; vergüenza es preservativo de la infamia; vergüenza es afecto fecundo en virtudes, varilla mágica que hiere en los vicios y los manda rechazados (I, 69).

Dar en tierra con los vicios: ¡malvado! Reprender las malas costumbres políticas y sociales: ¡malvado! Negar la salutación a un pícaro: ¡malvado! No tomar parte en el crimen, o cerrar con él a toda fuerza: ¡malvado! Aborrecer al delincuente incorregible, despreciar al hombre vil, huir de la canalla: ¡malvado! (I, 75).

O bien las antítesis, que si realmente no son privativas de la oratoria, en todo caso dan muestra de un estilo abrevado directamente en las fuentes de la retórica:

La honra de la mujer está en la fidelidad; la del hombre en la lealtad: recato en la una, valor en el otro. Si cultivamos la honra seamos leales y valientes (I, 70).

Y ese caudal léxico que Montalvo cuida constantemente de acrecentar, de mostrar en toda su lozanía, coleccionado con rigor etimológico e histórico, ostentando con vanidad y pedantería, sin más razón que el mero deleite en las palabras:

Ahora dígame usted por su parte, señor don Antonio, y así Dios le dé buena manderecha: Una mujer desventurada, de esas que profesan vivir como le gusta al padre patas: una de esas del partido, para hablar lengua de Cervantes: de malas costumbres, como decimos nosotros: pobrecita sin honra ni vergüenza: azotacalles, arrastrada: pelandusca o peliforra... Lector, ¿ya entiendes? ¡Muchacho! de esas que se llaman alegres; que traen los cascos a la jineta; loca, en un apalabra: trotaconventos, pata de perro, que se anda de aquí para allí, *querens quem devoret*, en busca del pan de cada día, con su cara de vaqueta y su corazón de brea. ¿Ya, lector? Si no adivinas, ve hacia la vieja donde más largamente se contiene, y no me obligues a decir lo que calla la pudicia (I, 221).

De aquí a la imitación deliberada de estilos arcaicos no hay sino un paso. En la misma modalidad que se eleva a norma y se depura al máximo en los *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*, las demás obras de Montalvo suelen ofrecer injertadas en la prosa común, ejemplos de una prosa deliberadamente imitada; ejemplos de *pastiche*, en una palabra. Generalmente

parte de una cita formulada en el español de otro siglo; a continuación, la imitación de su modelo. Por ejemplo:

Non es de buena caballería el decir uno por al, rezan los estatutos de las órdenes caballerizas. Non es de honnes principales nin de señores viejos contrafacer los fechos notorios, porque tal mala guisa revierte los contrafechos, decimos nosotros (I, 94-95).

O, en un ejemplo de mayor extensión:

¿Aun no tenemos libertad de vista, y hemos de estar buscando libertad de conciencia? Desde el Fuero Juzgo a ningún buen cristiano le es permitido tomar consejo sino de la santa madre Iglesia; porque si fablan con los diablos, estos les fascen torvar las voluntades a los honnes e a las muieres, e se van todos en uno, e dan consigo en el infierno; e hi les fascen veer el enemigo cuán en mengua de su pro e cómodo fue para ellos pensar de honnes e muieres libres e sin empacho.

Yo no fablo con los diablos, y así, no haya temor de que esté mal aconsejado: non fago imágenes o otros fechizos, nin doy yerbas a persona, para torvarle el entendimiento y entregarle al enemigo. Seamos lo que nos mandan ser, hermanos, y hasta que Dios mejore sus horas (I, 190).

Siempre podremos espigar en la prosa de Montalvo recursos de ese tipo. En tal sentido, no se eleva *El Regenerador* a alturas que no hayan sido alcanzadas, y con mayor holgura, en otras obras del ilustre ecuatoriano. Lo que sí hay que destacar es su importancia polémica; los detalles autobiográficos de que a cada paso están salpicadas esas páginas, según hemos mostrado por algunos ejemplos; el valor de testimonio que se les puede atribuir legítimamente. Si ha de ser releído *El Regenerador*, muy probablemente lo sea por esos aspectos, que, en el sentido más amplio del vocablo y como expresión de la personalidad creadora, también pertenecen al estilo.

DAVID LAGMANOVICH

Lavalle 2730, Tucumán